

ÚLTIMA CARTA DE MARÍA ANGÉLICA: “MI NO AL SUICIDIO ASISTIDO”*

María Angélica G.

María Angélica G., paciente con esclerosis múltiple, falleció *ayer*. El 8 de julio, ante el Tribunal Constitucional llamado a resolver un recurso de apelación sobre el suicidio asistido, representó a pacientes que, como ella, exigen el derecho a tratamiento. Y a vivir. Publicamos la carta de una paciente que contempla la muerte médicamente asistida, un texto que nos confió recientemente.

“A ti, que sufres como yo, permíteme decirte unas palabras... Me llamo María. Tengo 57 años y llevo 35 con esclerosis múltiple. Mi vida no es exactamente lo que imaginaba. A pesar de ello, estoy viva y puedo contarte algunas cosas. Conozco la lucha de vivir una vida que no es independiente, que te lleva a donde no quieres ir, donde el día a día a veces se siente como un cuello de botella. Yo también he sufrido —mucho—, pero esto me impulsa a no rendirme ante mi situación y a reaccionar; me impulsa a moverme, a conseguir que la gente que me rodea se mueva. Los familiares no siempre son capaces de comprender realmente la situación que atravesamos y afrontarla porque también es dolorosa para ellos, y a veces la rechazan. No siempre tienes el

amor que quieres a tu alrededor. Sin embargo, hay personas a las que tienes que pedir. Tienes que buscarlas con insistencia. Con tenacidad. Estas personas están dispuestas a echar una mano. Si no tienes... cualquiera puede preguntarle a su párroco. Él nunca le negará su ayuda. Independientemente de sus creencias. La presencia de amigos en su vida es esencial; como para mí, incluso hoy, son los amigos de la Comunidad de Sant’Egidio, quienes me ayudaron a escapar de una situación cerrada y a disfrutar de la belleza de los días compartidos, y también otros, a quienes he conocido en el camino. Juntos, pueden experimentar momentos de convivencia despreocupada, donde la enfermedad se convierte en un recuerdo lejano: no se siente una carga ni se siente vergüenza y también oportunidades para una comunión y un compartir más profundos. Pueden experimentar momentos de gran liberación y puedo dar fe de que de estos momentos pueden surgir cosas nuevas, como pequeñas y grandes curaciones.

Quiero hablarles de esto. Un día, una monja y una amiga laica me sugirieron un camino de perdón, porque deseaba sanar. No podía permitirme que me lo impidieran.

* Publicado por el diario italiano *Avvenire*, el 2 de diciembre de 2025, con autorización de la traducción y de la publicación en *Persona y Bioética* por parte de Francesca Prampero Segreteria del Direttore Avvenire NEI S.p.A. Socio Unico. Disponible en: https://www.avvenire.it/idee-e-commenti/ultima-lettera-di-maria-angelica-il-mio-no-al-suicidio-assistito_101583

Confíe en ellas. Lo comencé y sigo haciéndolo porque experimento sus beneficios internos y físicos. Fueron grandes sorpresas, porque no creía que esto fuera posible. De esta manera, dejé atrás mucho dolor. Aprendí a sufrir mejor y comencé a sufrir menos: la carga de la enfermedad se alivió. Elegí perdonar asistiendo a misa, porque en nuestra condición ya no podemos permitirnos guardar rencor. Todo lo que sentimos “en contra” se vuelve en nuestra contra: el descontento con la situación de los demás; la tristeza por las cosas que no salieron como queríamos. Les pido ánimo.

Acepten la ayuda del amor de Dios. La Eucaristía sana nuestros sentimientos, que son los que nos unen a la vida, la embellecen, le dan sentido. La ciencia médica y la biotecnología siempre harán más y mejor. Una tía mía murió a los veinte años de tuberculosis. Unos meses después, la penicilina, que podría haberla curado, estaba disponible para todos. Siempre recuerdo este hecho, que me contó mi padre. Y este recuerdo me animó a seguir adelante en medio de las dificultades y a siempre tener esperanza en la investigación.

Con médicos expertos, incluso logré avances. Otros médicos igualmente concienzudos se hicieron cargo de mi supervivencia física cuando decidieron... Que me cambiaban a nutrición artificial para evitar que contraiga una neumonía hoy, lo que me llevaría —a esta

sí— directamente a la horca. Fue un gran dolor para mí entonces, pero era mejor así. Me he acostumbrado, y les estoy muy agradecida, porque todas las personas que se han tomado en serio nuestro futuro, de alguna manera, forman parte de la primera defensa vital de este futuro. A través de ellos, también recibimos la dosis de amor y fuerza que necesitamos cada día. Es cierto que sufrimos los impedimentos físicos causados por la enfermedad, que nos llevan a depender de los demás. Pero la dependencia de los demás puede convertirse en una experiencia compartida, dando forma a un círculo de vida hermoso. El amor siempre es útil.

Verás que las cosas cambiarán; tú, que necesitas la ayuda de los demás, podrás dársela. El dolor de vivir, un día, entró en nuestra casa. El riesgo es que terminemos hablando solo de él. El dolor de vivir es un veneno oscuro que tiende a ocupar cada centímetro de tu vida. Al anticipar nuestra muerte, nos habremos librado de él y nos habrá matado. Por eso, te ruego que hoy busques el antídoto contra el mal: es abrimos a la gracia de Dios. Él reconocerá el código de nuestros corazones; podrá guiarnos hacia donde nuestras heridas puedan comenzar a sanar. Escribí estas palabras para ti en medio de mis obligaciones diarias, entre un pequeño momento de relajación y otro. Vienen de lo más profundo de mi corazón, donde se acumula el sufrimiento. Donde la esperanza ha echado raíces.”